

Recién nacida

De la eternidad trae sus dones
su mensaje callado
prolongación de la nada.

De la nada venimos y del silencio.
Al sueño hondo,
a la quietud
aspiramos.

Las aves marinas enceguecen poco a poco
a fuerza de estrellarse con el agua.
Nosotros enmudecemos,
ciegos siempre fuimos.

Un día huye la última brizna de luz,
y sin tropiezos,
silencio y oscuridad siguen por fin
su curso infinito.

Playa

Sin otro oficio que mirarlo
sin otro afán que su presencia
ninguna música distinta a la
de su amor por la luna.

Los ojos en las camisas naranja
que pasaron hace un rato
con los remos en la mano.
Pabilos sobre canoas,
apenas rayas inmóviles
sobre plata.

La emoción en el vuelo de las redes
en el temblor del líquido
en la lenta formación de las aves.

Quietud
vista y aliento diluidos
flotando en la mañana.

Estupidez y belleza
poder y belleza
crueldad y belleza
ruido y belleza
¿por qué existe
todavía
algo distinto a la belleza?

¿No tendría
ya
el mundo
que haberse depurado?

Gata en la ventana

Olfatea el vacío
y tensa los vellos de las orejas inquietas
¿qué oye?
...
Ah
unos gallos
¿gallos?
¿gallos en un trozo de ciudad donde no se puede
caminar?
¿dónde no se puede respirar?
...
Ah
el canto viene de las guarderías vecinas...
...
Ah...
tiene que haber niños para que cante un gallo en el
pavimento
voz nítida en el aire envenenado
...

Figuritas

Qué estará pensando aquella señora que me mira tanto. Sigo doblando mis papelitos, la psicóloga me dijo que está bien. A esa señora le parecerá raro porque, como todo el mundo, se debe imaginar que Darío y yo somos pareja. Pues sí, soy rara, pero no por eso. Él habla todo el tiempo por celular y yo doblo papeles de colores; si no fuera por el origami, estaría chiflada. Si eso es lo que quiere, que lo haga; no quiero peliar con él. Esa señora podría ser mi mamá, qué estará pensando. En esa mesa todas son mujeres; se ven como interesantes, pero no quiero que me mire más, ya me empezó a incomodar. Ah, qué bobada, que la gente piense y diga lo que quiera. Nadie sabe lo de nadie.

Qué pareja más rara. Aquí los manes casi siempre están en plan levante y todos pendientes de las viejas; pero éste lleva ya dos días en el hotel y la misma cosa a la hora del desayuno: ella llega primero, pide un jugo y saca del bolso una libretica cuadrada de papeles de colores. Los va sacando y haciendo figuritas muy concentrada. Pajaritos, casi todos; pero también hace flores y otras cositas. Cuando él llega ya viene con el celular en la oreja; me hace señas y pone el dedo sobre la carta. Ella sí sonrío y pregunta por los platos. Así siguen. Ella doblando papelitos y él hablando quién sabe con quién. Negocios, parece. Debe ser una persona muy importante. Ehhh, pero muy guevón; yo no la sacaría del cuarto y pediría que me llevaran allá la comida. Qué pesar, con semejante vieja...

Ana, no vas a voltiar a mirar; después disimulás o hacés que te parás para el baño. Imaginate que en la mesa que tenés a la espalda hay una muchacha lo más bonita haciendo origami. Cuando llegamos ya estaba sola y hace un rato llegó el tipo hablando por celular, y no para. (Estas arepas de huevo están deliciosas, lo que habías dicho, se les sienten los tronquitos de queso costeño derretido; y con el suero... mejor dicho... peligrosas). La muchacha acabó de hacer una figura roja compuesta de varias cositas, como unas estrellitas pegadas a un centro, y se la mueve a él frente a los ojos. Él ni se inmuta, ni un gesto le hace, qué rabia. Definitivamente, las mujeres sí somos bobas; pero esto es el colmo, la

ha ignorado todo el tiempo. No vas a voltiar. Ana, no, qué pena, me vas a hacer quedar mal. No, no, pero qué piedra, nada que deja el celular el tipo este. Debe ser un tirano, seguro es un patán. Vení, mejor cambiemos de puesto. Qué carajada yo aquí sufriendo por cosas ajenas.

No tienen más remedio que estar juntos hasta que salga la sucesión. Es cuestión de días. Tuvieron que encontrarse en Santa Marta para acabar de hacer las gestiones con el abogado, vender y acabar de una vez por todos esos asuntos. No se veían desde hacía quince años, cuando Darío viajó a Barcelona apenas graduado del bachillerato, afanado por liberarse de la madre loca. Siempre irritada, siempre gritando, siempre inconforme y exigente, detallista, puntillosa y cositera. La Barcelona de los ochenta le ofreció el ambiente que necesitaba para formarse como arquitecto y un amable anonimato, pero no lo liberó de la ansiedad, que tomaba distintas y sucesivas formas de manía. La presencia de la hermana le recordaba demasiado a la madre detestada, y esta vez le dio por hablar por teléfono obsesivamente, con la disculpa de no poder dejar el trabajo. En realidad, está aterrado con la idea de que Manel aproveche su ausencia para irse de ligue a los bares, y lo encadena al teléfono.

(En este punto, el dios se ríe).

PALOMA PÉREZ GASTRE
(COLOMBIA)

Profesora de la
Universidad de
Antioquia. Autora de
los libros *Antología de
escritoras antioqueñas
1919-1951* (2000),
*Como la sombra o la
música* (2009) y
Oficios afines
(2016).

